

doscientos le dió á la antigua criada, y con lo demás que le quedó, despues de hechas algunas pequeñas restituciones que debia, se fué á la casa y hospital de San Juan de Dios de Granada, donde tomó el hábito de hermano lego, y haciendo harto penitente vida sirviendo á nuestro Señor en el ejercicio de la caridad y cuidado

de curar á los pobres que allí llevaban y pedir con mucho afecto y amor limosna para ellos, se halló gustoso reconociendo los peligros en que por sus pecados se habia visto; dando infinitas gracias á Dios de que le hubiese abierto los ojos y dado tanta luz del conocimiento de sus yerros.

NO HAY DESDICHA QUE NO ACABE,

POR UN INGENIO DE ESTA CORTE.

CAMINABA por aquel cerrado monte que llaman de la Rabida, y tiene su sitio entre la opulenta ciudad de Lisboa y la grande é ilustre villa de Setubal, un caballero portugués de los mas ilustres en sangre y mas rico de renta de aquel reino, acompañado de solo un criado, en sendos rocines de campo, que por tener en aquellos contornos algunas jurisdicciones se permitia á la ausencia de la corte, gastándola en el beligeró ejercicio de la caza. Cogióles la noche, que por ser á la entrada del crizado noviembre vino con ceño, amenazando con su oscuridad y tinieblas ocultar sus sendas al mas advertido y cursado en ellas. Receloso caminaba el caballero, cuyo nombre era don Vasco de Almada, de lo que le sucedió, pues en breve tiempo se halló fuera del camino sin determinarse en la eleccion de los pasos; y despues de algunas vueltas que dieron al intrincado y áspero obelisco, que siendo árbitro de la tierra es atalaya del mar, sin hallar salida alguna, resuelto don Vasco á esperar el dia en aquella maleza, se apeó de su caballo, y asimismo su compañero, y atándolos á un carrasco, de que se inunda la espesura, se sentaron sobre un peñasco, mudo testigo de su fatigado espíritu. Pequeñas treguas habian dado al descanso cuando los alteró el ver pasar y atravesar el monte un bulto blanco. Asombrado quedó el criado viendo la no pensada figura; pero don Vasco, á quien la sangre no permitia algun género de cobardía ni de temor, sacando la espada, le siguió algunos pasos diciendo: Fantasma ó sombra temerosa de estos escollos, aguarda; á cuyas razones se detuvo el temeroso y horrible bulto, en quien poniendo la punta del trasparente acero, le dijo así: Suspended, gallardo joven, el hierro noble, que no soy como imagináis fantasma ó sombra, sino un hombre á quien desdichas nunca escuchadas de humano oído persiguen y han puesto en este triste y miserable estado. Pues ¿cómo, le replicó, en este te hallas? Si no tuviéades molestia, dijo el desdichado bulto, en oír mis naufragios, yo los refiriera, porque si no remedio, lágrimas daríais al escucharlos. Mas sintiera, replicó don Vasco, ignorar tus males que perder en perlas la margarita, la plata en flores, y el oro en minas; y así, lleguemos allí donde está un criado mio, guarda de unos caballos que están libando en la menuda grama con dientes de marfil es-

meraldas menudas, y allí con piadosa atención los escucharé. Llegaron al sitio referido, y viendo el criado el bulto, que pensaba ser alguna alma ó vestigio de aquellas selvas, se apartó de allí, huyendo por entre los jarales, dando voces, sin valerle las que don Vasco le daba para que volviese; y viendo que era en vano, le dejó por entonces, hasta que el alba le descubriese; y así, sentado el extraño peregrino, con voz lastimada, atendiéndole el caballero, comenzó de esta suerte:

En Setubal, villa famosa de Lusitania, celebrada así por sus jaspeados muros como por su famoso puerto, edificios y maravillosas fortalezas, que dista de aquí legua y media, nací, no para la vida, ni para una muerte, pues esta conseguida, no padeciera tantas como en el discurso de mi historia oiréis. Soy de aquellos que en los tales lugares tienen el título de escuderos, que cuando en la propia tierra se llega á decir Fulano es noble, no hay mayor calificacion de bien nacido. Faltaron mis padres á las puertas de mi oriente, para que en la misma ternura empezase la fortuna contraria á perseguirme con sus rigurosos y mortales efectos. Dejéronme con su muerte cuatro mil ducados, que su hacienda no era tanta como su honra. Estos y mi persona quedaron á cargo de quien dió muy mala cuenta de mí y de ellos. Era este un hombre honrado de la villa, igual á mi calidad, cuyo nombre era Juan de Melo; quedé en su casa en los brazos y á los pechos de una ama, donde alimenté mi tierna vida. Tenia Juan de Melo una hija de mi edad misma, con quien en los arrullos de la cuna imitaba principios de la vida; y saliendo los dos de la edad balbuciente, fuimos entrando en la puericia, uniéndose las almas con los juguetes, y siendo los dos sola una alma y una voluntad. Fué el tiempo creciendo, y en mí el sentimiento y el amor, en Fenisa el recato y el olvido, que como mi suerte era adversa, apenas me vió con el conocimiento de la razon, cuando comenzó á manifestar su venenoso efecto en mí.

Tenia Fenisa once años, y viendo su padre que aquella edad y la mía eran ya puertas para deseos mas gigantes, díjole un dia que yo, aunque estaba en lugar de hermano suyo, no lo era, y que ya estábamos en edad indecente para tanta union; y como ya en Fenisa hubiese entendimiento, conoció el riesgo, y obediente á

la intencion de su advertido padre, se retiró, si no de mi vista, á lo menos del trato hasta allí dichoso, para quien ha experimentado como yo el rigor de su falta. Miraba yo á mi dueño con mas sentimiento entonces que nunca, que siempre la privacion de la cosa amada dobla la actividad del fuego. Bien quisiera yo alguna vez decirle mi tormento y el estado de mi abrasado corazon, pero en mi corta edad eran menos las razones que los deseos. Padeciendo yo en este silencio, y Fenisa firme en sus retiros, llegamos los dos á edad de tres lustros, creciendo tanto en la hermosura como yo en adorarla: ¿quién pensara que despues de tantos años de finezas y union no habia de ser galardonado mi amor, mi constancia y mis afectos! Pues no quiso Fenisa ser excepcion de las demás mujeres en el nombre de mudables y ingratas. La fama de su belleza, no solo se dilató en nuestro lugar, sino en todos los demás circunvecinos, donde era tenida por hermoso milagro de naturaleza, emulacion de Venus, vida de las estrellas, y muerte de los hombres; y así, los mozos mejores de la tierra rompian sus paredes y abrian sus ventanas, unos con suspiros, otros con músicas, siendo para mí los ecos puñales azules, y venenos las consonancias, que unos y otros me atravesaban el alma. Entre todos ellos el que mas se señalaba era Fabio, mancebo gallardo, noble y con bienes de fortuna. A este pagó Fenisa en cuatro meses de galanteo, desvelos con permisiones, y afectos con voluntades. ¡Ay de mí! que lo que no merecí en quince años, alcanzó mi enemigo en tan pocos dias.

Eran mis rabias y tormentos tan grandes, que me arrojé á buscar ocasion de hablar á Fenisa y decirle mi sentimiento, por ver si se dolia de mis males; y hallándola, la dije de esta suerte:

Ingrato dueño mio, ¿cómo es posible que, olvidada de lo que soy y fuiste, te acuerdes solo de quitarme la vida? ¿Qué te hizo mi dolor, que no bastándole el padecer de tu olvido, le aplicas el penar de tu rigor con el desprecio de tu desden? ¿No soy yo el que desde los primeros arrullos de la cuna rendí mi libertad á la tuya, y como estrella á tus rayos participé tu aliento y claridad? Pues ¿cómo, fiera á mi llanto, helada á mi fuego, y ingrata á mi razon, entregas á ajeno dueño la libertad que el mismo cielo no niega ser mia? ¿Han de poder mas contigo cuatro meses de un cuidado que tres lustros de union hermanable? Mira que tienes mas de ángel que de mujer, y no será razon ostentar lo menos con la mudanza, por dejar lo mas con la piedad. Yo me abraso, ingrato dueño; muévate la causa que mi amante pecho publica; mira que si no lo haces, que diré á voces tu crueldad, tu mudanza, y con tan sentidas quejas, que solicite venganzas á ese azul pavimento contra tí.

La respuesta que me dió, si no fué la mayor desdicha para mí, fué la mayor disculpa para ella; en suma fué esta: Menos debes, Cardenio, á tu suerte que á mi libe- rta, pues no sé qué fuerza oculta me aprisiona la razon que tengo para corresponder á tus finezas, que pone en olvido su satisfaccion, y así, quejate de los as-

tos, y no de mí, que algunas veces he querido sentirme obligada, y este pensamiento apenas es recién nacido cuando es gigante el olvido; no puedo negarte que lo siento, pero quiero ganar esta disculpa á costa de tu desengaño: en lo demás de que te quejas no puedo darte satisfaccion alguna, que supuesto que no soy tuya, ni tu suerte quiere que lo sea, no hay para qué solicitarla.

¿Quién no quedara con este suceso desengañado, ó por lo menos conociendo la adversa fuerza de su estrella con determinacion de olvidar? Pues no fué así, que con mayor violencia me embistió la ardiente flecha de los celos, cuya actividad dió en el polvorin de mi amor, y hallando tierno el pecho de mi juventud, reventó por los ojos su efecto en algunas lágrimas; y así, saliendo á la calle, apenas puse en ella los piés, cuando lo primero que vi fué á Fabio, que este es el nombre de mi venturoso enemigo, hecho argos de su cuidado y mi desdicha. Pudo tanto conmigo aquel colérico afecto de mis averiguados celos, que entrando en un aposento de mi tutor, tomé una espada suya, y salí á buscar á Fabio, que viéndome venir con ella desnuda, sacó la suya, y juntándonos los dos, como dos coronados leones, despues de algunos lances, fuí entonces mas venturoso para mayores desdichas, que alcanzándole una punta por cerca de los pechos, dió indicio de su desmayo, esmaltando con su sangre el suelo. A los golpes de las espadas habia salido Fenisa á una ventana, y viendo el desgraciado suceso de su amante, olvidada de mis dolores, empezó á convocar contra mi los vecinos, y con voces á la justicia, mezclando algunas palabras en mi ofensa. Llegó lo que deseaba, y sin resistencia alguna, entre algunos ministros me llevaron á un calabozo, y á Fabio á su casa con un mortal accidente. Supo mi tutor este suceso, y como él vivia ya con la mala intencion de negarme la cantidad que mis padres me dejaron, holgose de mi prision y desgracia, y empezó á decir mal de mí con desprecio en muchas ocasiones, solicitando mi ruina. Dieron buenas esperanzas de la vida de Fabio los que le curaban; y segun me dijeron, Fenisa le regalaba en su enfermedad con grande continuacion y cuidado. En este estado estaban mis desdichas, y en mí el amor mas firme; y así, olvidado de mi desengaño, quise escribir á Fenisa desde mi prision las noticias de mis cuidados y desgracias, pensando enternecerla con ellas. Tomé la pluma, y mas con llanto que razones, le dije de esta suerte:

Oiga quien alegre vive
Males de quien triste muere,
Para que si los leyere,
No ignore quien los escribe;
Y tú, dulce ingrata bella,
A quien adorando vivo,
Advierte en lo que te escribo
La desgracia de mi estrella.
Por ausente y por rendido
Merezca, señora, yo
Que lo que el labio dió
Lo permitas á tu oido.
No espero de tu rigor
Piedad ni algun dulce engaño,

Porque bien sé que á mi daño
Nunca aplicas el dolor.
Si me acuerdo que te adoro,
Conociendo tu rigor,
Tan fuerte viene el dolor,
Que me abraso si no lloro.
Y aun no se apaga mi fuego
En este fuerte pesar,
Ni me da vida el llorar,
Porque en mi llanto me anego.
Que son del infierno cuantas
Penas padezco aperciño,
Pues que muchas veces vivo
Para morir otras tantas.

No es mia mi voluntad,
Pues vive en prision ajena,
Y le sirve de cadena
Mi misma infelicidad.
El adorar un desprecio
Disculpa sea á mi llanto,
Que es fuerza que lllore tanto
Quien hace de un daño aprecio.
Vivo en prision tan contento,
Aun viéndome aborrecido,
Que por tí lo padecido
Da placer, siendo tormento.
¡Ay, Fenisa hermosa, en quien
A pesar de mi dolor,
Rayo es que hiela el rigor,
Hielo es que abrasa el desden!
¡Oh si pudieran mis ojos
A tu belleza presentes
Mostrar entre sus corrientes
Las olas de sus enojos!
No lo dice mi dolor,
Señora, por obligarte,

Que si es posible el amarte,
No el merecer tu favor.
No pido clemencia, no,
A tu crueldad en mi suerte,
Porque en brazos de mi muerte
La vida se alimentó.
En carácter convertida
Vive la memoria en mi
Desde el dia en que perdí
Con tus amores la vida.
Mucho pudo tu deseo,
Y mas mi corta ventura,
Pues que ya de tu hermosura
Tan apartado me veo.
No admiro, no, la distancia,
Si advierto la diferencia
Que hay entre males de ausencia
Y el amar una inconstancia.
Yo no quiero algun contento
En esta triste prision,
Que á mi enfermo corazon
Solo es victima el tormento.

Llegó á las manos de Fenisa este papel, tan desgraciado como su dueño, pues sin leerle le admitió y arrojó en una gaveta, archivo secreto de mis males. Seis meses habian pasado en que viví muriendo en mi prision, y Fabio convalenciendo de su herida: en este tiempo se me fueron ofreciendo algunas necesidades que me obligaron á pedir á mi tutor alguna parte de mi hacienda para mi socorro; en efecto, por no cansaros con digresiones, mi tutor me negó la cantidad que ya os diré. Con esta nueva quedé fuera de sentido, y estuve muchas veces para tomar con mis manos venganza de mí mismo; quise obligarle con rigor de justicia; halléle padre de mi enemiga adorada; y así, por este último concepto me dispuse á desistir de mi pretension y dinero, y dejarlo en las manos de aquel que todo lo sabe, y á sus secretos juicios no hay nada que se oculte.

Tratóse de mi sentencia con la salud de Fabio, y fué que saliese desterrado de la patria por cuatro años; sacáronme de la cárcel, y mi tutor, como por misericordia, me dió algun dinero, bastante para solo mi jornada, solicitándome agradecimientos. Logrólos á mi pesar, y puesto en una mula yo y mis cuidados, salí de Setubal, dejando el alma en dos mitades partida, la una en Fenisa, y la otra en mi naturaleza; llegué á la corte de Lisboa, segunda Babilonia del orbe, mapa de señores, asombro de puertos, pasmo de ciudades, erario de diamantes, mar inmenso de plata y oro, y últimamente, emulacion de Atenas, envidia de Chipre, afrenta de Flándes, y crédito del mundo. Era en ocasion de levadas para las fronteras, y pareciéndome esta buena para conseguir mi intento con mi muerte en las enemigas balas, senté plaza en una compañía que marchaba, deseoso de hallar piedad en alguna; mas como era buen suceso para mí afligido corazon, me las negó la suerte, no por hacerme lisonja con la vida, sino para darme mas tormentos que sentir.

Cuatro años continué en la guerra, y puedo aseguraros que en todos ellos fui siempre de los mas arrojados al peligro, con no mas ambicion que procurar mi ruina. Concluidos estos, volví á Lisboa, adonde por premio de mis servicios me dieron una jineta; creció en mí el deseo de ver mi patria y el amor de Fenisa, que pu-

diendo mas en mí este afecto, me partí á ella, y aunque no hay mas que la distancia de seis leguas, las juzgaba siete mil. Entré por la villa á las cuatro de la tarde, á tiempo que en una parroquia vi entrar y salir concurso de gente; y preguntando la causa, la informacion que me dieron fué que Fenisa se estaba desposando con Fabio, mi enemigo; entré desesperado en la iglesia, y viendo en eterno lazo los dos objetos de mi rabia, y yo con otro en la garganta, zozobrando entre mi vida y mi muerte, loco, desatinado y furioso, saqué la espada, y dando golpes á todas partes, sin atender á cosa alguna, sacaron los hombres algunas suyas, quedando la iglesia hecha palestra de Marte ó laberinto de armas. En esta Babel confuso, no puedo asegurar que fué la mia, una punta llegó á ejecutar su furor en el rostro de Fenisa, esmaltando sus mejillas con su púrpura; conociendo entonces mi riesgo, me salí de allí y del lugar, y entrando por este monte con intencion de acabar en él mi triste vida en alguna gruta y en compañía de las fieras que la cursan, esta noche, que fué la siguiente de mis tragedias, hallé una cabaña, albergue al parecer de algunos pastores, y en ella no habia mas compañía que unas teas encendidas. Entré dentro, y hallando hospicio en tan remoto y oculto lugar, desnudé las ropas que me molestaban, por ser aquellas que saqué para mi última desgracia. Estaba en este pobre albergue un sayo pastoril, calzones y abarcas, y pareciéndome á propósito para habitar aquella maleza, quise trasformarme en el buriel, y estando de la suerte que ahora me veis, desnudo y horroroso, en solo el lienzo de esta camisa, me vino un sueño tan profundo, que entregado en él, quedé fuera del uso de los sentidos. Pasóse algun tiempo en mi sueño, cuando en él se me representaba que estaba ardiendo en un volcan de llamas; fué tan fuerte y tan cierto, que despertando del letargo, me vi cercado de fuego por todas partes; y fué el caso que de las encendidas teas se habia pegado á unas ramas de que la cabaña se formaba, y caminando por ellas fué creciendo hasta abrasar la silvestre morada. Salí del fuego huyendo, no por escapar la vida, sino por tener tiempo de pedir al cielo socorro y piedad en mis culpas, y no morir como bárbaro anegado en ellas; y viéndome fuera del voraz incendio, vime quedar desnudo, y vi abrasarse mi vestido, que el pulsado tenia, y el de mi remedio, que cuando las desdichas empiezan, se van eslabonando unas en otras, sin que se las pueda hallar el fin. Comencé á romper ese azul zafir con quejas, el aire con suspiros, y el eco con voces; y llegando á esta parte, hallé vuestra piedad, agrado y cortesía de la manera que me veis, adonde mas estoy para entre fieras que para entre hombres; y así, ruego al cielo que os guarde, y á vos que me dejéis engolfar por esta maleza, la cual será centro de mis males y depósito de mis penas.

No permita el cielo, dijo el caballero, que yo os deje habiendo llegado á merecer mi piedad; el alba empieza ya á descubrir los horizontes guarnecidos de aljófar, y en las flores el líquido rocío; poneos en ese caballo,